

Pedra Branca

Para Cecilia "Ayotl"

[Concepción Piedra]

La última vez que vi a mi tío Concepción Piedra, en el año 1998, un reumatismo severo limitaba sus movimientos al área de la casa, ya no podía ir, dijo, más allá de las escaleras del portón. Para entonces alcanzaba los noventa años. Había envidado hacía más de una década, también había vendido sus parcelas, el ganado, animales de carga e incluso los Cuarto de Milla que adornaban el corral de su casa. El dinero que obtuvo de todo eso fue para aliviar la enfermedad de mi tía Hilaria, enfermedad que ningún doctor supo nombrar pero que al final la mató. Mi tía Hilaria ni siquiera vivió lo suficiente para que mi tío Concepción Piedra se gastara la mitad de ese dinero.

En ese año que visité Villa Madero, cuando bajaba al quiosco, en bicicleta, a comprar cigarrillos, saludaba a mi tío Concepción Piedra, siempre sentado en las escaleras del portón. Me decía adiós hijo, con la mano en alto y la otra apoyada en las rodillas, con los ojos pequeños y llenos de cataratas puestos en el suelo, sin nada que mirar porque nunca pasaba nadie. Atrás de él, la puerta abierta, que, a mediodía, dejaba ir el sol hasta la pared lateral, pintada de cal, y se podía ver sólo una silla en toda esa parte vacía de la habitación. Fui a Villa Madero porque no podía escribir, y la contaminación de ese desánimo me hizo creer que allá sí podría, porque había silencio, pensaba, y la orientación de los árboles, su movimiento, quizá, no tendrían más que enseñarme las palabras, aunque nunca había escrito. En todo caso, fui a ver a mi tío Concepción Piedra. Cuando lo saludé, extendió la mano y dijo que tenía años que no me veía. Le dije que todas las tardes, al pasar por ahí, lo saludaba. Puede ser, dijo, y me preguntó de quién era hijo. Se lo dije. Oh, sí, dijo,

y me invitó a pasar. Desde el interior del patio trajo una silla y nos sentamos uno frente al otro, yo con la espalda a la puerta, que permaneció abierta, con la luz de la calle pasando por debajo de la silla. No recuerdo la última vez que entré en esa habitación, es posible que yo contara apenas con nueve o diez años, pero había muebles, quizá algún librero, también una radio. Mi tía Hilaria nos hacía incursionar en silencio, prolongando el dedo índice en la nariz, cuando sus entenados y yo cruzábamos esa misma habitación, para después pasar por la cocina y correr hacia al ciruelo, del que colgábamos, sin gritar nunca, y todos nuestros juegos compartían la expectativa de que en cualquier momento mi tía Hilaria nos llamaría al silencio. Pero ahora la habitación estaba vacía, el temblor del 85 había marcado cuarteaduras en las paredes, desnudas también; frente a mí, casi a la altura del techo, colgaba una fotografía de mi tía Hilaria. Mi tío notó que la miraba. Dijo que la llevó a varios doctores pero que nadie pudo hacer nada por ella; la llevó a médicos de Arcelia, Chilpancingo y Acapulco, incluso a la Ciudad de México, en un viaje, dijo, que jamás podrá olvidar. De regreso a Villa Madero, después de que varios médicos lo desanimaran diciéndole que no encontraban el modo de hacer algo por mi tía, cuando el autobús se detuvo en Cuernavaca, por la ponchadura de una llanta, mi tía Hilaria bajó del autobús y caminó sobre la carretera. Llovía, dijo, y aquel estruendo de la lluvia y de los autos parecía ensordecirla porque estaba dispuesta a no parar nunca, aun cuando él la llamaba. Hasta que el chofer del autobús la trajo de regreso tomándola del brazo. Mi tía Hilaria no habló mientras mi tío Concepción Piedra le secaba el cabello, en aquel asiento del autobús, al momento que le preguntaba por qué lo había hecho; pero en realidad mi tía Hilaria no habló nunca más; al

llegar a Villa Madero permaneció inmóvil, sentada frente al ciruelo, sin asearse, sin comer, más delgada que nunca, con ese ojo, dijo, saltándole cada vez más en la cara. Llovía, y mi tía Hilaria se dejaba estar en la lluvia, no donde caía directo sobre ella, sino donde apenas el aguacero la salpicaba o donde alguna variación del viento llevaba la suficiente humedad al rostro. Entonces, dos semanas después, murió.

Mi tío dijo que trató de darle de comer y bañar a mi tía Hilaria, pero se volvió imposible, no quería nada. En el cuarto del fondo, a espaldas de mi tío, sus nietos veían televisión, todos acostados en la cama. Por momentos, alguno de ellos suspendía los ojos en mi tío, con las boca abierta y sin entender mucho de qué hablaba. Nos quedamos sin hablar, mi tío con los ojos en el suelo, luego en las suelas de sus zapatos, y yo también mirando sus zapatos. Por platicar algo, le pregunté si recordaba la Revolución. Pero dijo que no me entendía, inclinando la cabeza, al momento que clavaba los ojos llenos de cataratas en mi boca. Entonces pregunté si recordaba algún enfrentamiento armado en Altamirano, Tlalchapa o ahí mismo, en Villa Madero. Pero dijo que no, era un niño entonces; recordó, sí, una peste que mató a cientos en Cutzamala, llevaban a la gente en carretillas y los enterraban a todos en un hoyo grande lleno de cal. Fue en burro hasta Cutzamala, con otros guaches de Villa Madero, a ver cómo la gente tirada en las calles se cubría de moscas. Teníamos unos paliacates en la boca, dijo, y seguíamos las carretillas llenas de hombres, mujeres y niños, todos podridos ya, con aquel olor hediendo que traspasaba nuestros paliacates. Cerró los dedos para explicarme el tamaño de las moscas. Después dijo que sí, ahora lo recuerda, un tío mío, por parte de los Rebollar, tío de mi abuela Inés, se levantó en armas en Villa Madero. Era él, dijo, y otros tres muchachos, querían una repartición justa de las tierras; eso fue un poco antes de que viniera Cárdenas a entregar escrituras. El tío levantado, del cual ignoro su nombre, se atrincheró atrás de la barranca, justo donde ahora está la casa de Caín, que entonces era una larga extensión de milpas. La primera noche encendieron una fogata y durmieron a la intemperie. Tenían carabinas y una pistola, además de un rifle para venear. Por la mañana, llegó un

regimiento de catorce hombres perteneciente a Tlalchapa. Alguno de ellos, detrás de las milpas, gritó que dejaran las armas y se entregaran en paz, pero lo alzados ya estaban disparando. No quedó vivo ninguno del regimiento, lo cual enfureció al Gobernador o a quien haya mandado al regimiento, ya que una semana después llegó otro regimiento desde Altamirano. Esta vez eran más de cincuenta hombres. Ninguno de ellos habló detrás de las milpas, sólo dispararon. Mataron a los tres muchachos que acompañaban a mi tío, además de un hombre que en ese momento llevó su caballo a abreviar al arroyo. A mi tío le ataron una soga al cuello, la soga la ataron a un caballo y arrastraron el cuerpo por todo Villa Madero, como advertencia para los demás, hasta que mi tío murió, o hasta que se aburrieron, porque en la tarde colgaron lo que quedó del cuerpo en un corongoro. El cuerpo no lo pudieron bajar hasta que el regimiento abandonó Villa Madero. Pero eso le duró su revolución a tu tío una semana, dijo mi tío Concepción Piedra, riéndose.

Era la primera vez que platicaba con mi tío Concepción Piedra. Antes nada más formalizábamos el saludo. Él era mucho más joven, yo tenía la edad exacta para poner a prueba su paciencia, sus años, para hacerlo escuchar con disimulada atención. Me alegraba saludarlo, siempre dos veces al día, esperar al otro lado de pretil, asomado a la calle, detrás de la lluvia, mientras el sol amanecía entre charcos y lodazales que marcaban los cascos de animales que iban con la madrugada, y que yo, entre sueños, creía escuchar mientras encajaban sus pezuñas en el lodo. El único desajuste en la noche eran los mugidos. Al torrente en el tejado, a los grillos, me había acostumbrado, podía dormir con ello. De esa parcela nacía y estaba hecha la memoria, de la longitud del agua, de las heridas de un becerro. Lo saludaba entonces, a mi tío Concepción Piedra, lo hacía sacar la mente del ganado, desprevenirse de las ancas del caballo que lo hacían agitarse, incluso quitaba la mano de la montura para levantarla y saludarme; su cara dejaba de rendirse ante la lluvia y propiciaba todas las muecas que me saludaban. En el progreso de su camino encontraría flores advertidas a la llovizna, caudales de arroyos avenidos a las barrancas, espigas en esplendor que anunciarían casi el fin de las



Archivo personal
de Roberto Bernal.

milpas, todo ese campo, en suma, de girasoles que yo veía de vez en cuando y que recordaba casi nunca, porque iba cargado con la responsabilidad del almuerzo, o porque mientras andaba acordonaba mi mente con la futura visión del trabajo de Caín y su trazo parejo en las parcelas, con las dos mulas muy obedientes y desinteresadas bajo las riendas, y a él con el sombrero a flote, camisa manga larga, con retazos de hierba mala y moscos en la nuca. Era el mismo campo, supongo, y en él colindaban todas las empresas, todos los sueños de toneladas de mazorcas. De esa época me propongo vagos recuerdos y una imagen nítida, la de Caín recargado en la ceiba, a la orilla del manantial, mientras fungía en el almuerzo como lo hacía en casa debajo de los tamarindos, con la vista en proyección al entorno, con lo que calculaba —supongo— el alcance de su trabajo. Su silencio venía a decir que nos calláramos porque atraía hacia nosotros el suave

temblor del manantial, su cauce, en el cual, de vez en vez, bajábamos a llenar el bule. Todos los prismas estaban en el agua. Los contornos que dibujaba la ceiba dependían de su oleaje, de un oscurecer la vista y atraer cristales a los ojos, sombras a veces, pero que venían a crear pericias en las luces que rodeaban el rostro de Caín. Y en las nubes bajas, o en su terraplén, que tenían por oficio atraer el calor, porque se habían inundado de humedad, venían a oscurecer bajo la parcela de sombras que creaba la ceiba.

Ahora me acuerdo de mi tío Concepción Piedra como me acuerdo de un retoño, sin mucha lumbre, con albarazadas pezuñas o el trote lento del toro, con esa bienvenida de la tarde, antes de la comida y las combas en el fogón, cuando Celia Reyes alineaba la leña, perfumada de carbón, arrimando aire al fuego. Antes de esa hora mi tío Concepción Piedra aparecía en la esquina de los pinzanes, apenado de poseer tanto, delante

de más de un centenar de reses y becerros que no se acabarían nunca y que —pensaba él— llevaría al potrero hasta el final de su vida. Ambos nos confiábamos a la cerca para ejercer el saludo. Él extendía la mano y confería a ese saludo una sonrisa, todo el tiempo sin empañamiento de dudas, uno sangre del otro, parientes, como se dice, lo cual invocaba a la amabilidad y poner, incluso, cortesía en las palabras. En su diálogo —que marcaba el mí— excluía el detalle, soltaba preguntas sin compromiso, a las que yo respondía conforme a mi edad y lo corto de mi vocabulario. ¿Cuándo había llegado a Villa Madero? ¿Qué hacían mis padres? ¿Qué año cursaba en la escuela? El rito de las preguntas no varió nunca porque era nada más dar cuenta de los años. Algunas veces me señalaba algún becerro, siempre al más pequeño, al que apenas había brotado junto con la placenta y que así daba trotes torcidos sobre herrumbre. Yo veía aquel becerro melencólico, y lo veía sin ternura porque el animal olfateaba a la madre y su olfato era tan corto como su mugido. Es que la sangre daba brotes en sus patas. O es que sus huesitos tartamudeaban en el lodo. No sé. Mi tío Concepción Piedra se iba pronto, echaba al caballo sobre la hilera de piedras en la barranca, de un salto de caballo estaba del otro lado, con dos reatazos, sin vigor porque ambos eran viejos y el caballo sabía que mi tío Concepción Piedra había perdido energías y él mismo la destreza. Imaginaba, mientras veía a lo lejos las ancas del caballo, que ambos habían cruzado muchos cerros, que habían cubierto toda margen de distancia, que todo el tiempo se supieron dos especies distintas. Cabalgaban con empatía porque la costumbre da como fruto reconocer un peso, sopesar con las piernas el ancho de las ancas, darse a sol y sombra por el mismo camino.

Concepción Piedra. Su congéneres han de estar alados, aún bajo las piedras o el polvo, y ascienden, de cualquier forma, a un cielo que está prescrito para anunciar un tiempo inmóvil: toda una hectárea que derrumba cuando el sol hierve. Concepción Piedra vive ahí, en Villa Madero, tierra pobre, de poca gente, de grandes casas, abundante de mantenimientos de agua. El sol alumbraba el desierto de sus animadas sombras, las cordilleras que tienen despejadas las ramales. En equilibrio, el cueramo es su lumbre.

[Celia Reyes]

Tú, Celia Reyes, que ibas todas las mañanas al arroyo, cumplías tus devociones con el agua, que, en su reflejo, tenía cuentas pendientes con el sol: una maraña de luces reacias detrás de la ceiba. Para el diluvio de estrellas, en cambio, su corriente actuaba como espejo. Abi lavabas la ropa, golpeándola contra las piedras, y veía tu cara en el reflejo del agua, como una preparación de alimento para los peces. Por eso cuando te vi, muerta, pensé que era mejor que te comieran las mojarras y no todos esos gusanos. Pero toda el agua del arroyo debió morir, supongo, aunque su fuente fuera renovada, aunque incluso allá de donde viene, entre esos cerros, la probara un venado. Aunque los alacranes se refrescaran bajo las piedras. Y aunque los zopilotes olieran la sequía, tú cumplías tus devociones con el agua.

¿Cuántos árboles vinieron aquí, a volar junto con los aires de la tarde? ¿Reconocieron sus ramas en la noche que las atraviesa? La lluvia ocurrió como un diluvio sobre su cabeza. El agua pasó al cántaro de una rosa; pero en los pétalos había la sombra que muerde las pestañas de las tejas. Había olor a tarde tostada, también un horizonte extendido sobre las nubes. El vuelo estático de las huilotas: arma de un solo pecho en el plumaje. Era la hora del silencio del camposanto, con minutos muertos y hojas que descendían como si el ruido se apagara en ellas. Estaban transparentes sus cualidades, calcinadas en la tierra. En el patio había piedras que escondía por lo debajo las gotas de lluvia; pero, arriba, el sol brillaba su cuerpo. Resplandecían. Escuchaba a Celia Reyes, y escuchaba sus palabras que eran tan calladas como si se formaran con la tarde. Abría su pecho a la oración encendida. Era junio, cuando las luces se escondían de la vecindad de las nubes, y sobre ellas acechaba el encendido nublado. Más adelante se irían las sombras a un paseo largo sobre la noche. Allá dormirían todas sus oscuridades, como en la antesala de un canto de grillos.

En el arroyo, iban las velas con sus luces apagadas. Era la luna que sumergía su plata en el remanso del agua. Un poco atrás, sobre la hierba, el torso de las estrellas iluminaban la palidez del aire. Ya había encendido la noche sus aromas. Iba al vuelo de las hojas que estaba callada. Sólo se oía torcer la ilama, que maduraba secreta sus

semillas, pero dibujaba en el cielo su dulzura. La ilama tiene también un sabor secreto para la boca, y es que no se sabe, por ejemplo, qué aguas maduraron en su interior y qué lombrices fortalecieron su tierra. Pero contiene, sí, toda el agua que maduró después del verano, con todas esas nubes recortadas hacia el occidente, ni siquiera planas, sino como si el bochorno la construyera con los vapores. *Alza la luna en la rama, escóndela ahí donde no la picoteen los zanates. ¿Cómo se fueron las tormentas hacia la punta de cielo? Allí retozaban hasta provocar primero la llovizna, y no se podía oír a la nube que pasa cerca de las enramadas.*

Sé de árboles que declinaron sus hojas al silencio de las laderas, como trópicos al caer de los océanos, como lumbre que se deforma debajo de los carbones; sacudían sus sombras detrás de las laderas, y yo los veía solitarios, unos muy separados de los otros, como quien torna a darle la espalda a una puerta —no una puerta que se cierra, sino aquella que invita a la luz a cruzar el traspatio y se lleva con ella al sol. *Yo escuché al chiscuaro que tejó cantos en mi memoria, también la afrenta del arroyo, que desbordaba las corrientes del agua sobre mi lengua.* Las huellas de un caminito empobrecían el vaivén de la hierba mala, podando su anarquía, ese cinturón del viento que sacude las flores como si las despreciara, pero sin destruirlas; acaso, sí, las acercaba a la tierra, las hacía morder, con los pétalos, los terrones de polvo que sacudía la maleza. Un pedazo roto del agua controlaba el frescor de las matitas. Quizá era el sereno que, en amaneciendo, se cargaba de agua. Quizá, también, era el cántaro de las nubes: ciclón de la mañana. *Sé que había agua escondida en tu mano, Celia Reyes.*

Vi que la tarde se deformó hacia la noche con lentitud, con la forma de un gusano que trepa la hoja. Era copiosa la luz de luna que invertía la ceguera de la noche e irradiaba, al mismo tiempo, soledad en la penumbra cantada por ladridos de perros. Había vacas que mugían a la soledad del viento. *Yo escuchaba la noche en tus pesadillas, Celia Reyes.*

Ya cosechó sombras el pinzán para que tú, Celia Reyes, con el candil de tus ojos, declines el viento a la llovizna.





A. REYES. REBOLLAR
9. SEPTIEMBRE 1931
8. FEBRERO. 2009

[Claro “Caín” Salgado]

Naciste, Caín, junto a un árbol que tiene raíces en el agua de la barranca, con el viento un tanto alborotado, un poco, también, con las ramas pesadas, como estuviera cargado de frutos; tiene de parentela con el almendro un racimo de hojas que se cargan de sol como si sólo dieran la cara hacia la tarde. Abí naciste, entre polines decorados de tejas, con la luz de la luna torcida hacia borquillas que levantaban los tendedores. Sus aranceles eran para un patio oscuro.

Perseguías el ánimo del arroyo, e iba con sus aguas que encandilaba tus ojos; bebías, también, el canto de la cucucha. Se prestaba a sus alas el vuelo de tus reflexiones. Su nido estaba en las nubes, conformadas por la sordera del sol, que nunca escuchaba la llegada de la tarde: él seguía alumbrando las soledades de los cerros, justo ahí donde tú, Caín, señalabas arriba los arrayanes. Un montón de frutas dispersas en el pedrerío, sin que nadie las comiera, decías, pero no recordaste las hormigas ni tampoco las hojitas que cargaban en sus espaldas, cuando descendían por el barranco.

Las primeras palabras que te escuché estaban cortadas por la corriente del arroyo. No significaban nada. Sólo iban corriente abajo, saltando de piedra en piedra. Tenían, sin embargo, un oficio: hacer que todo Villa Madero hablara como si cuidara la sed.

El pinzán tenía toda la compañía que el cielo podía darle, por ejemplo, el río corriente de las nubes que erosionaban con polvo sus hojas, también a las luces intermitentes que creían entre las ramas. Los pinzanes maduraban su coloración como si, en vez de fruta, estuvieran contenidos del agua dulce que crece con la tarde, la misma agua que llevaba por dentro sus raíces. Florecían en las manos de Caín las tardes hasta extenderse sobre sus dedos, como si volara el cenit antes de tocarlo. Bajo el polvo, el sol encontraba caminitos que iban a la soledad de la sequía quebrada de los pinzanes. Pero doraban sus semillas. Rompían su olor, como si los perfumara la tarde.

Las hojas del mango fingían la postura pálida de la tarde. Pero la luz las traspasaba; torcían, de algún modo, la dirección de su movimiento. Atrás de ellas, en cambio, circulaba el aire del

huerto, del que Caín sospechaba el nacimiento del fruto mientras imaginaba —supongo— el caer del mango, su aproximación verde de primavera, y las lluvias que, al paso de los días, harían su cáscara amarilla. Se mecía en la hamaca, debajo de los tamarindos, con el racimo de sombras en la cara, que oscurecían sus pupilas y que él abría para verificar el movimiento de la tarde arriba de las hojas. Su rostro conversaba que se había ido el calor, y, plácido, con el cigarro en la boca, permitía que el aire alimentara sus cabellos de fríos sudores. Arriba, las sombras de la casa. Las tejas hervían las piedras de sombras. Las flores dilataban el aire; escondían, para las moscas, el correr de sus perfumes. El adobe permitía la angosta circulación de la tarde, hinchándola sobre el lodo endurecido: los tabiques asomaban hacia el interior del calor. No había nada de raro que así culminara la tarde, con el ojo del sol abierto entre las ramas, con el tranquilo vaivén de la fruta y el mango deshojando el silencioso caer de los calores. Pero arriba estaba nublado. Llamas de oscuridad encendían las nubes. Vi en el viento sus preocupaciones por desaparecer detrás de las colinas. Se fueron. Quedó lo negro: raíz de la noche.

Te oí hablar, Caín, pero fue como escuchar al arroyo, ¿me entiendes?, como un nervio del agua. Así de quieto. Y callaste de nuevo, como si los tamarindo, tan airosos, se llevaran tu voz. También tenías la lengua adornada de frutos. Era diciembre. El último día de diciembre. Tú y yo nada más en la casa, y el viento que venía desde la barranca; ambos fumábamos y yo veía, por el foco, que encajabas los ojos en la noche. La noche se materializaba surcada estrellas; pero abajo, negra, nos destinaba a a la orfandad.

Caín tenía aparejada a la noche una casa de adobe, compuesta sobre una lluvia de piedras que se recogieron sobre las paredes; sus manos, ahí, hicieron labor de moldear las recámaras a los paisajes de almendros. Después, sobre un costado, en el ala derecha, sembró tamarindos para darle de beber a sus hijos un poco de sombra, y a mí, con el paso de las décadas, ramas donde atajar la hamaca. Pero ya, desde entonces, navegaban hojitas en aguaceros de lodo. A la cocina, en cambio, le construyó una sola ventana,

chica y oval, por donde el fogón escapaba toda su neblina: era humo que achicharraba debajo del comal. Adentro había oscuridades, cazuelas también, y qué pequeña era la lumbre que, desde los tizones, alumbraba las herramientas de la cocina, y qué pequeña, también, la exploración que gobernaba la luz natural hacia el interior de los adobes. Había lumbre que se secaba alrededor de la presencia de Celia Reyes. Se resquebrajaba el barro del fogón al calor de las virutas. Era leña de monte alto, cargada en burro y distribuida en troncos delgados por causa de las afiladas espaldas del mocho. Caín partía en dos

el árbol. Un cueramo seco, viejo, con las ramas desnudas, ajeno a los intereses de las cucuchas. El cueramo se convertía, también, en horquilla. Otros, más gruesos, fueron trazados como polines. Sobre ellos, Caín distribuyó millares de tejas. Para atrapar la caída de los alacranes, Celia Reyes zurció retazos de tela. Así, poco a poco, la casa se hizo presentable, nació el granero, también una alacena para el queso, las gorditas y las cajitas de pan.

Pero afuera gobernaba la hierba mala. Eran sus dominios los terrenos del patio, que se extendía hasta las cercas.



Archivo personal de Roberto Bernal.